



El Club de las Cuatro Emes

PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA INFANTIL

JUAN RAMÓN SANTOS

El Club de las Cuatro Emes

Ilustraciones de Paula Blumen

PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA INFANTIL

edebé

Obra ganadora del Premio Edebé de Literatura Infantil según el fallo del Jurado formado por: Teresa Colomer, Ángeles González-Sinde, Antonio Iturbe, Roberto Santiago y Vicenç Villatoro.

© Texto: Juan Ramón Santos, 2021

© Ilustraciones: Paula Blumen, 2021

© Ed. Cast.: Edebé, 2021

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia

Diseño de la colección: Book & Look

Primera edición, marzo 2021

ISBN: 978-84-683-5272-5

Depósito legal: B. 1141-2021

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A Mafalda y Fátima,
las primeras lectoras de este libro.*

Índice

1. Madán Golosín.....	9
2. In fraganti	17
3. Un nombre para la banda	23
4. Trazando un plan	29
5. Lulú	37
6. Gato encerrado.....	43
7. Un cambio de planes.....	51
8. Otro bautizo	57
9. Lánguido domingo.....	63
10. Tras la pista de Peluqui.....	69
11. La esclava de la tía Madeleine.....	75
12. El expolio.....	83
13. El fin de los sueños.....	101
14. Cómo dar un escarmiento.....	109
15. Manuel se pone ceporro	115
16. El rayo paralizador.....	121
17. El secreto de Peluqui.....	133

18. Peluqui tiene un plan.....	141
19. Entre ardilla y ratón.....	151
20. <i>Merci bien</i>	171
Epílogo.....	175

1

Madán Golosín

Como cualquier comerciante de artículos para la infancia que se precie, Madán Golosín odiaba a los niños.

De joven había estudiado secretariado en la Academia Ramiro: un poquito de francés y un muchito de mecanografía y taquigrafía, conocimientos que le costó mucho aprender y que se fueron volviendo innecesarios a medida que crecían y se multiplicaban los ordenadores y las grabadoras. Su sueño había sido trabajar en París en las oficinas de algún organismo internacional, vestir ajustados trajes de chaqueta, llevar coquetos zapatitos de tacón, recorrer los Campos Elíseos en un coche redondo y diminuto. Sin embargo,

se le había cruzado el amor en forma de un viajante de comercio con alma de poeta que, cuando eran novios, escribía romances; pero que, después de casados, lo más que lograba armar de vez en cuando era algún que otro pareado, y eso los primeros años de matrimonio.

Luego vinieron los hijos, los pañales, los babis, las rodilleras..., hasta que se hicieron mayores y se marcharon a estudiar. Lo único que le quedó fue soledad de lunes a viernes y mucha ropa que lavar y que planchar el sábado y el domingo. Por eso, para espantar el aburrimiento, con algunos ahorros que tenían decidieron montar una tiendecita en la que vender periódicos y revistas, pero también pan y, sobre todo, chuches, helados, cromos, juguetes, cuadernos para colorear y todo tipo de relucientes caprichos para la infancia. Del tiempo de los sueños y de la Academia Ramiro, apenas le habían quedado la manera rápida y enrevesada de tomar notas, la forma algo cursi de vestir, un mohín un tanto extraño al



hablar y un gusto indiscriminado por lo francés, que es el que la llevó a llamar a su tienda, con florecitas y abuso de color rosa, *Madame Golosine*, y el que hizo que, en aquella ciudad suya que tenía tanto de pueblo, todo el mundo la acabara llamando Madán Golosín.

Ella odiaba, como ya hemos dicho, a los niños, aunque eso es algo que nadie que no fuera niño habría afirmado jamás, pues era extremadamente cortés y educada con los adultos, dando los buenos días, las buenas tardes, las buenas noches, preguntando por las vacaciones, por el trabajo o por la madre enferma, haciendo carantoñas a los hijos o a los nietos y abriéndoles de par en par la tienda como si fuera el templo de la felicidad, un lugar donde esparcirse a sus anchas y comer dulces hasta hartarse.

Por el contrario, cuando los niños iban solos, sin su madre, sin su padre o sin su abuela, Madán Golosín fruncía el ceño, endurecía su voz almibarada y desconfiaba de las intenciones de unas criaturas a las que tenía, ya

de antemano y sin juicio previo, por auténticos delincuentes. Poco amiga de las tecnologías, en la tienda de chuches no se veían cámaras ni cables ni ordenadores, pero, con habilidad extrema, había distribuido por todo el local una red de espejitos disimulados que le ofrecían, sin tú saberlo, ángulos de visión insospechados. Por eso no era difícil, mientras intentabas atrapar con la pinza un regaliz rojo, una mora negra o un plátano de gominola, que al mirar hacia un lado te encontraras de golpe, vigilante, en indiscreto reflejo, el rostro desconfiado de Madán Golosín, sus pestañas tiesas de rímel, sus dientes apretados, acechando, ansiosa por detectar el más mínimo hurto.

Porque, en el fondo, parecía estar deseando que le robaran para poner el grito en el cielo y denunciar al niño a sus padres y verlo llorar desconsolado al recibir el castigo. Quizá por eso, cuando los niños escogían una a una sus chuches para no pasarse y contaban una a una sus moneditas para asegurarse de

que tenían dinero suficiente, se ponía muy nerviosa, y no era raro que, si no la veía nadie, acabase arrancándoles las monedas de las manos y arrojándoles la vuelta de muy malos modos sobre el mostrador, puede que para ver si con suerte alguna saltaba al suelo y se colaba debajo.

Disfrutaba enviando a las pequeñas patinadoras de vuelta al parque en cuanto asomaban sus chatas narices por la puerta de la tienda. Les decía que tenían que ponerse las botas o las zapatillas si querían comprar chucherías, porque con aquellos cachivaches espantosos le rayaban la tarima. Pero si esas mismas niñas acudían sobre ruedas con sus padres, las invitaba cariñosamente a entrar diciéndoles que no se preocuparan, rogándoles, tan solo, que tuvieran cuidado, no fuesen a resbalar, caer al suelo y hacerse daño. Y lo mismo sucedía con los niños y los balones: si el niño aparecía solo, la pelota era un arma mortífera con la que no podía traspasar el umbral de la tienda; en cambio, si venía

con su madre, se convertía en un simpático complemento del chaval, que siempre le parecía muy lindo y le hacía exclamar después de un cariñoso pellizco en los cachetes, con un dominio del arte dramático que ya querrían para sí muchas actrices: «¡Qué bien que los niños hagan deporte!».

Estas y otras muchas maldades, de las que solo los niños, eternamente incomprendidos, eran testigos, practicaba cada día Madán Golosín en su pequeña tienda, situada justo enfrente del parque llano. Por esa, y por otras muchas razones (leyendas urbanas de niños azotados con saña por la tendera), era, para Matilde y sus amigos, la mismísima encarnación del mal.

